

«Toda revolución política puede malograrse por vencimiento o por fracaso de sus objetivos, pero lo más triste es su persistencia, transformada la esencia de su dinamismo en una nueva fórmula de conservadurismo».

(De la consigna del Boletín Provincial de Información del Movimiento).

Con el hedor de un cadáver putrefacto, sigue diciendo la consigna, acaba por perecer toda revolución cuando se transforma a sí misma desde dentro en un simple conservadurismo de los inmediatos objetivos logrados.

No cabe duda, pues, que es necesario buscar y alcanzar siempre nuevos objetivos.

Nuestro Movimiento no es ninguna excepción de la regla general, si toda revolución política está sujeta a ciertos peligros de quedar transformada en una simple fórmula de conservadurismo igualmente ha de estarlo la nuestra y aun nos atreveríamos a apuntar que mucho más, pues la nuestra tiene una mayor extensión, la nuestra no se ha dejado por pulsar ni una sola fibra sensible de ese gran Genio que yacía dormido en medio del concierto universal. Y no cabe duda de que a una mayor extensión de la obra corresponde también un mayor volumen de dificultades.

La dificultad que hoy se nos señala como posible peligro, es el conservadurismo, el preocuparnos solo de lo que ya está hecho, el desentendernos de lo que aun falta por hacer, el no buscar cosas nuevas, el arrinconarnos en la cuneta, desviándonos del camino y dejar que otros sigan, buscando los nuevos objetivos que el tiempo marca en cada instante.

No cabe duda que admitir este conservadurismo es un peligro, pues cada instante envejece lo presente y al minuto siguiente ya ha perdido actualidad, y a medida que el tiempo pasa, más y más, hasta quedarse viejo y anticuado.

Nuestra Historia, cuajada de ejemplos buenos y malos, nos ofrece esos siglos que solemos llamar de decadencia. Presentados como una empinada pendiente por la que España, situada en la cima, va descendiendo insensiblemente hasta quedar distanciada de los demás pueblos. En realidad es al contrario. Situados al pie de la cuesta y colocada España a la cabeza de todos los pueblos, poco a poco va perdiendo la primacía porque se ha dormido un tanto en los laureles y ha dejado pasar a los demás, que poco a poco van escalando las laderas hasta subir a la cumbre y al final España queda distanciada, no porque sus cosas se hayan vuelto peores, sino porque las de los demás, se han hecho mejores. Y al final los resultados han sido los mismos; Franco lo ha dicho recientemente en la provincia de Salamanca: España quedó retrasada siglo y medio de los demás pueblos.

Y aquella corriente que había mantenido terso el espíritu de España para hacer resurgir al mundo quedó fosilizada, convertida en estatuas de piedra, de las que un policastro republicano dijo que eran buenas para un museo. Y así anduvo España por los caminos universales, cansada deshecha, siguiendo a distancia las huellas de los que lo precedían.

Estos nuevos objetivos que es preciso alcanzar para que toda revolución permanezca firme y con dinamismo siempre creciente, no aparecen diariamente en un punto fijo, cual hacen los luceros matutino y vespertino, es preciso buscarlo, es necesario estudiarlos.

De ahí nace ese afán de estudio y de preparación que lleva consigo la Falange, aunque algunos para desentenderse de esta noble tarea que reclama nuestra continuidad, digan que no son «falangistas de universidad».

No hace mucho tiempo que un «viejo jonsista», nuestro Ministro Girón, lo recordaba en Valladolid cuando al evocar la figura de Rosario Pereda decía:

«Ella sabía que el poder es una cosa que no se puede asaltar, sino que hay que ganar y ella sabía que solo se gana para no perderlo cuando se gana con el arma de la cultura, que es la única que permite conservarlo».

Y no cabe duda que en la palabra cultura, el ministro incluye también y de un modo primordial la preparación política, pues añade: «Ella sabía cómo el llegar al mando sin preparación conduce a la derrota, a la desmoralización y, finalmente al crimen, y con él a la represión y, en definitiva, al retorno implacable a la esclavitud».

Es, pues, inegable que, para seguir el ritmo creciente de los nuevos logros que demandan la sociedad, el Estado y la Patria, no hay que encastillarse en esa posición cómoda de un conservadurismo mal entendido, que aun en el Santo Evangelio vemos anatematizado. Es en aquella parábola del siervo infiel, que recibe este nombre y se ve condenado al fuego eterno, no por haber malgastado el denario que su señor le entregó, sino por haberlo enterrado devolviéndoselo intacto a la hora de rendir las cuentas.

HEMERE